tantino Coprónimo, apareció en el cielo una Cruz hacia el Norte. Añade que durante una parte del sexto año del mismo reinado, los vestidos de los hombres y los ornamentos de las Iglesias aparecían súbitamente marcados de Cruces, que parecían pintadas al óleo, sin que pudiera comprenderse cómo se imprimían. Al primer suceso siguió una peste, y al segundo acompañó otra tan mortífera, que devastó gran parte del imperio y dejó desierta la ciudad de Constantinopla.

Teodoro Studita pinta este terrible azote con los más negros colores, ocupándose igualmente de las milagrosas Cruces.

«Habiendo la cólera del cielo, dice, descargado en esta época sobre el mundo con un peso formidable, no puedo menos de consagrar dos palabras al caso. El castigo, semejante á las plagas de Egipto, no se localizó en algunas ciudades ni provincias; se extendió por todas partes é hirió principalmente la capital del imperio, la infortunada Bizancio... Cruces de un color azul celeste aparecían súbitamente impresas en los vestidos y trazadas con tal regularidad, que hubieran parecido obra del más hábil artista, á no saber que las imprimía la mano de Dios.

»Los desgraciados que, á veces sin darse cuenta, eran marcados por estas señales, morían casi repentinamete; muchos que por la mañana conducían los cadáveres al cementerio, por la tarde eran ellos conducidos con otros, pues en un solo féretro iban muchos cadáveres juntos; las acémilas arrastraban carros llenos de muertos, y nunca llegaba el último carro. Ayes fúnebres y gritos lamentables se oían por doquiera; no había suficientes brazos para levantar y enterrar los muertos. Las casas quedaban vacías, los pueblos sin moradores; en el espacio de dos meses, Constantinopla, poco antes tan populosa y bulliciosa, quedó muda y deshabitada».

Los católicos atribuyeron este terrible azote á las impiedades de los iconoclastas, y especialmente á las de Constantino Coprónimo, que hacía á la Cruz una guerra encarnizada, y cuyo mote griego de Coprónimo recordaba su inmundicia de cuando recibió el bautismo, pues manchó con sus excrementos la sagrada pila.

El hecho de aquella epidemia es tan auténtico, que no hay medio de ponerlo en duda; y en cuanto á la impresión de las Cruces sobre los destinados á ser víctimas, imposible es explicarlo sin la intervención directa de la Divinidad airada. Si las marcas hubieran sido en la piel, quizá pudiera creerse que eran meros síntomas de una enfermedad fulminante; pero siendo en los vestidos, ¿quién podrá explicar naturalmente el fenómeno? Sabemos que la lepra atacaba á veces las casas y los vestidos de los judíos; mas esto no explica naturalmente lo otro, pues nadie, en el estado actual de nuestros acontecimientos, podrá demostrar que esta particularidad provenía de causas naturales. A idénticas observaciones se prestan otros acontecimientos que vamos á referir.

XII

La Cruz de Migné.

Esta cruz profética fué anunciada siete años antes por el venerable sacerdote Souffrant, cura de Maumusson, en la diócesis de Nantes. Después de celebrar un novenario por el triunfo de la Iglesia, con otras personas que se asociaron á sus oraciones, escribió, en 1820, una carta en que anunciaba un general trastorno, una revolución terrible, añadiendo que no habría sino un instante entre estos dos clamores: *todo está perdido*, y *todo se ha salvado;* después de lo cual se restablecería la calma. Para confirmar su predicción, acababa por estas palabras: «Aparecerá una cruz; y si esta cruz no aparece, que mi secreto muera conmigo». É hizo de esta cruz una descripción que pinta exactamente la de Migné.

He aquí el relato de la aparición de esta Cruz maravillosa, tal como se formuló en 28 de Febrero de 1827

por los miembros de la comisión encargada por el Obispo de Poitiers para formar el proceso oficial del acontecimiento. Copiamos el texto traducido de las *Voix prophetiques* del abate Curicque por el canónigo D. Pedro González de Villaumbrosia.

»El domingo 17 de Diciembre de 1826, día de clausura de una serie de ejercicios piadosos dados á la parroquia de Migné, con ocasión del jubileo, por el cura de San Porcario y capellán del real colegio (el Sr. Marcoull) en el momento de la plantación solemne de la cruz, y mientras que este último dirigía á un auditorio de cerca de tres mil almas un discurso sobre las grandezas de la cruz, en el cual acababa de recordar la aparición que tuvo lugar en otro tiempo en presencia del ejército de Constantino, se apercibió en los aires una cruz bien regular y de vasta dimensión. Ninguna señal sensible había precedido su manifestación, ningún rayo de luz hubo anunciado su presencia. Los que en un principio la apercibieron la mostraron á sus vecinos, y bien pronto fijó la misma la atención de una gran parte del auditorio, de tal modo, que el Sr. Cura de San Porcario, advertido por la gente, en medio de la cual se había colocado, creyó debía ir á interrumpir al predicador. Todos los ojos se dirigieron entonces hacia la cruz que había parecido desde luego exactamente formada y que se hallaba colocada horizontalmente, de manera que la extremidad del pie venía á caer sobre la puerta anterior de la Iglesia, y que la cabeza se inclinaba adelante en el mismo sentido que la dirección de esta iglesia hacia el Ponente. La traversa que formaba el brazo de la cruz cortaba el cuerpo principal en el ángulo derecho; cada uno de los brazos, igual á la parte superior, era cerca del cuarto de lo restante del tronco.

»Estas diversas partes eran por todos lados de una anchura manifiestamente igual, terminadas lateralmente por dos líneas bien derechas, bien claras y fuertemente pronunciadas y cortadas en cuadro á sus extremidades por líneas derechas é igualmente limpias.

»A juicio de varios testigos, estas piezas tenían un cierto espesor que las hacía ver como un poco redondeadas cuando se miraban bajo un ángulo oblicuo, y regularmente cuadradas cuando se acercaba á la vertical.

»Por lo demás, ningún accesorio parecía adherirse á esta cruz ni la acompañaba; todas sus formas eran puras y resaltaban muy distintamente sobre el azul del cielo. En manera alguna ofrecía á los ojos un brillo deslumbrador, pero sí un color por todas partes uniforme, y tal, que ningún testigo ha

podido definirlo de una manera precisa, ni encontrarle un objeto de justa comparación. Tan sólo se conforman muy generalmente á darle una idea como de un blanco plateado, pero variado de una lijera tintura de rosa.

»Resulta ciertamente del conjunto de las deposiciones, que esta cruz no se hallaba á una altura considerable, y hasta es probable que no se elevaba á doscientos pies sobre la tierra; pero sería difícil fijar nada de más preciso que este límite.

»El largo total del tronco podía ser de ciento cuarenta pies, y su ancho, á juzgar de él por los datos menos rigurosos, de tres á cuatro pies.

»Cuando se comenzó á percibir la cruz, se había puesto el sol, al menos hacía media hora; y conservó su posición, sus formas y toda la intimidad de su color durante cerca de media hora, hasta el momento en que los fieles volvieron á la iglesia para recibir la bendición del Santísimo Sacramento. Era entonces de noche y brillaban las estrellas con todo su esplendor. Los últimos que entraron vieron que la cruz perdía su color; en seguida algunas personas quedadas á fuera la vieron oscurecerse poco á poco, prrimero por el pie, y sucesivamente de más cerca en más cerca, de manera que presentó bien pronto cuatro ramas iguales, sin que ninguna de estas partes hubiese cambiado de sitio desde el primer momento de la aparición, y sin que los que habian desaparecido dejasen á sus alrededores la más ligera traza de su presencia.

»Parece que ningún observador se ha dedicado á seguir esta desaparición gradual hasta su último término; pero se sabe que se había terminado del todo cuando se salió de la iglesia inmediatamente después de la bendición.

»El día en que este suceso tuvo lugar fué muy hermoso, después de una continuación de algunos días de lluvia. En el momento de la aparición, se hallaba aún el tiempo sereno y la temperatura bastante suave, de modo que pocas personas se apercibieron de la frescura de la noche. El cielo se hallaba puro en todo la región en que se mostraba la cruz, y solamente se observaron algunas nubecillas en dos ó tres puntos lejanos de allí y próximos al horizonte. En fin, ninguna niebla se levantó de la tierra, ni sobre el río que corre á corta distancia.

»Ved ahí las circunstancias materiales del hecho. En cuanto á su influencia moral sobre los que de él fueron testigos, hemos observado que la mayor parte se vieron en el mismo instante sobrecogidos de admiración y de un religioso respeto. Vióse á unos postrarse espontáneamente delante de aquel signo de salud; otros tenían sus ojos humedecidos con las lágrimas; éstos manifiestan por vivas aclamaciones la emo-

ción de sus almas, aquéllos elevavan sus manos hacia el cielo invocando el nombre del Señor: apenas hubo alguno que no creyese ver allí un verdadero prodigio de la misericordia y del poder de Dios.

»Hemos también observado que algunas personas que se resistían á todo llamamiento de los ejercicios del jubileo, volvieron, en virtud de este suceso, á las prácticas de la religión, de las que se habían alejado hacía muchos años, y otros que por sus obras y sus discursos parecían anunciar haberse enteramente apagado la fe en sus corazones, la han sentido reanimarse de repente y han dado de ella señales no equívocas.

»En fin, la impresión producida por este espectáculo extraordinario ha sido tan viva y tan profunda, que ha arrancado lágrimas á algunos de los que deponían delante de nosotros, pasado cerca de un mes después del suceso.

»Antes de terminar esta relación, concluyen los miembros de la comisión, séanos permitido expresar los sentimientos que nos han sido inspirados á nosotros mismos por el conocimiento profundo que sobre este hecho hemos sido llamados á tomar.

»Si nos hemos visto sorprendidos de particularidades que conciernen á la existencia física del fenómeno, hemos admirado con mucha más ventaja los consejos adorables de la Providencia, que ha hecho concurrir este suceso con circunstancias tan propias á darles los felices resultados que ha tenido en efecto. Cuando se sabe que el acaso no es más que un nombre, que nada aquí bajo tiene lugar sin designio y sin una causa bien determinada, no puede uno menos de impresionarse vivamente al ver aparecer de repente, en medio de los aires, una Cruz tan manifiesta y tan regular, en el sitio y en el instante preciso en que un pueblo numeroco se reunía para celebrar el Triunfo de la Cruz por medio de una solemnidad imponente, é inmediatamente después que se acababa de hablar de una milagrosa aparición que fué en otro tiempo tan gloriosa al cristianismo: al ver que este fenómeno sorprendente conserva toda su integridad y la misma situación, mientras que la asamblea se ocupa en considerarla; y que se debilita á medida que ésta se retira y que desaparace en el instante en que uno de los actos más sagrados de la religión llama toda la atención de los fieles».

El hecho, según el abate Curicque, fué probado por otros personajes de gran autoridad en el orden civil y de ningún modo interesados en la cuestión. Citemos solamente el juicio que forma de él un dis-

tinguido miembro de la Academia de Ciencias, el ilustre astrónomo Cassini:

«Nos reimos de compasión, dice, de aquellos que quisieran comparar la cruz de Migné á un arco iris solar, así como de aquellos que la asimilan á un arco iris lunar. Es un efecto de refracción, han dicho algunos ignorantes; decid más bien de *reflexión*, han replicado otros un poco más sabios... Ea, señores, para explicar el fenómeno á vuestra manera, no os falta sino una cosa, pero indispensable: un rayo, sea de sol, sea de luna, que, hallándose desgraciadamente ausentes, no han podido dar lugar ni á reflexión, ni á refracción, ni al arco iris del cielo; tanto más que no había allí nubes, ni vapores, ni lluvia. Buscad, pues, alguna otra explicación de una aparición sobre la cual deponen tres mil testigos, quienes durante una media hora, y á una altura que excedía cien piés, viéronla subsistir sin movimiento, sin alteración, bajo formas claras y bien determinadas. Esto es lo que nos mueve á echar un reto á los que atribuyen tal fenómeno á una causa física natural; nuestra opinión sobre este punto está apoyada en la autoridad de algunos sabios, muy idóneos para pronunciarse en tal materia».

XIII

Cruz luminosa alrededor de la Luna.

La misericordia divina nos prepara las esperanzas en proporción de las cruces que nos impone su justicia, y hasta en las amenazas del Señor se descubre su amor. Tal es, á nuestro parecer, la significación de aquella cruz luminosa que apareció el 8 de Diciembre de 1870 alrededor de la luna llena, y que fué observada particularmente en la diócesis de Bayen y de Contances, tanto en tierra como en el mar, donde el espectáculo era magnífico.

Tomamos estos datos del Abate Curicque. He aquí el relato del prodigio, tal como lo escribió un profesor de Ciencias físicas, poco crédulo, en el periódico *L' Ordre et la Liberté*, á 23 de Diciembre de 1870.

—«El jueves 8 de Diciembre, á las cinco y cuarenta minutos de la tarde, los habitantes de la costa Norte de Calvados han sido testigos de un halo lunar muy notable. Por confesión de marinos que llevan ya treinta años de navegación, jamás apareció á sus ojos fenómeno semejante.

»Alrededor de la luna, enteramente en el sentido vertical y horizontal, apareció una Cruz luminosa de contornos y aristas vivas, detenidas geométricamente. En el centro de la Cruz se desprendía el disco brillante del astro perfectamente circular; la sombra de sus montañas figuraba maravillosamente la de una cabeza humana perceptiblemente inclinada hacía el Este. El planeta Júpiter brillaba con vivísimo esplendor encima de la cruz; una nube obscura, aislada, de bordes luminosos á franjas, parecía servirle de zócalo. Las olas del mar, en perfecta calma, reflejaban á lo largo de la orilla el fenómeno en espléndida imagen, reluciente y diamantina.

»La duración del fenómeno en todo su esplendor fué de treinta minutos. Los brazos de la cruz, debilitándose gradualmente desde la parte externa hasta la parte media, se resolvieron en una línea luminosa. En seguida desapareció de la misma manera el árbol vertical. La duración total del fenómeno fué de unos ciento cuarenta minutos,

»Se observó también el fenómeno en Bretteville-le-Rabet, distante treinta y cinco kilómetros del mar. Todos los habitantes de la costa pueden justificar nuestra descripción. Astronómicamente hablando, se produjo al Este de la constelación llamada *Bootes*. La Física proporciona una explicación racional del fenómeno, pero la fecha de su aparición no debe ser despreciada, por cuanto los cristianos, poniendo su fe antes que la ciencia humana, conservarán piadosamente la memoria de él».

Verificóse esta aparición el 8 de Diciembre, día consagrado á la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. En ese 8 de Diciembre de 1870, por una coincidencia misteriosa, llegaba la luna á su plenitud, y nos presentaba así la Imagen de la Reina de Angeles y de hombres; mostrábase María á los ojos mortales bajo el velo de uno de sus más graciosos símbolos, á fin de sacar á los hombres del fondo del abismo en que nos han sumergido nuestras infidelidades harto numerosas y harto criminales, para que emprendamos el solo camino que conduce á la paz y á la felicidad.

Sucedía esto, efectivamente, en el momento más calamitoso de la guerra franco-prusiana: de parte de la tierra se desvanecían las esperanzas una tras otra; no quedaba más que levantar los ojos al cielo...

¿Qué remedio nos señala la Madre de gracia y de misericordia? *¡La Cruz!* Ella proclama, ya en la tierra, ya en el mar, que debemos renunciarnos á nosotros mismos para escuchar á la Iglesia y aceptar, juntas las manos, en cada uno de los días de nuestra vida, la cruz militante del combate de las pasiones, siguiendo á su divino Hijo, cuya vida toda fué una larga cruz y un duro martirio que sufrió por nosotros. No hay, pues, otro medio de salud, hoy menos que nunca: ¡La Cruz!

XIV

Cruces en los cristales.

La primavera y el verano de 1872 señaláronse en las riberas del Rhin y en Alsacia y Lorena por la prodigiosa aparición de Cruces y otras figuras misteriosas en las vidrieras de casas particulares, y sobre todo de los establecimientos públicos. Todos los periódicos, cualquiera que fuera su opinión, dieron cuenta del suceso, bien que se limitaron muchos á consignarlo como efecto natural de la luz, todavía no explicado. Nosotros tomaremos de la ya citada obra del abate Curicque los datos que van á continuación; y desde luego dejaremos la palabra á los corresponsales de los periódicos religiosos.

Sucedía esto en plena Cuaresma, y mes de Marzo de 1872. Cruces, espadas, cabezas de muertos, etc., aparecían en las vidrieras por todo el país de Baden. Una carta del mismo Baden refiere así el principio del prodigio en el *Univers*, reproducida en el *Correo de Bruselas*, 16 de Junio de 1874:

«Sabéis que una ley reciente, adoptada por el parlamento

alemán, quita al clero la vigilancia de las escuelas. Después de la promulgación de esta ley, un maestro de escuela librepensador, de una villa del país de Baden próxima á Strasburgo, dirigió á sus discípulos un pequeño discurso para manifestarles que en adelante dejaría á Dios á un lado y no les hablaría más que de la gramática y de la aritmética. Y para comenzar descolgó un Crucifijo que había en la pared y lo retiró; mas los discípulos exclamaron á una voz:—¡Maestro! ¡Maestro! ¡Ved otra vez la Cruz!—¿Dónde está?— Allí, en la vidriera. Y era verdad. Una Cruz aparecía muy claramente en uno de los cristales de la ventana. Esparcida la nueva, muchos curiosos acudieron á comprobar la maravilla. En otras muchas poblaciones se produjo el mismo hecho.

»Cito también una anécdota: Dirigiéndose algunos habitantes de cierto pueblo á una casa cuyas vidrieras tenían la marca milagrosa, un boticario, cabeza dura del lugar, hallábase en la entrada de la puerta, mofándose más ó menos graciosamente de tales peregrinos. Uno de ellos le dijo: ya que os reís, mirad, mirad vuestra delantera. Levanta él los ojos y ve el signo redentor en una de sus vidrieras. Corre en seguida á su oficina, trae no sé qué esencia y frota con ella el cristal, pero nada consigue; la imagen no se borra. Furioso, rompe el cristal de un puñetazo; más reaparece la Cruz instantáneamente en el cristal próximo.

»Tales son las anécdotas que corren en el país; pero no es esto todo. Algunos de estos cristales presentan, además de la Cruz, cabezas de muertos y huesos en aspa. Los habitantes deducen de aquí que estamos amenazados de nuevas y horribles desgracias y vienen en grandes grupos á Estrasburgo para confesarse y comulgar. Todo esto os lo puedo afirmar de una manera absoluta.

»Personas timoratas ven en esas marcas repetidas el anuncio de un castigo del cielo. Lo cierto es que todas las poblaciones de la ribera del Rhin temen mucho una nueva guerra, hasta el punto de que en gran número prefieren abandonar su país natal y emigran».

En otra carta fechada el 14 de Marzo de 1872 leemos lo que sigue:

«Hoy 14 de Marzo hay feria en Rastadt. Se ha renovado el mismo fenómeno, pero con mayor fuerza; aquí todo el mundo está consternado. Ayer tarde unas cruces negras aparecían en los cristales de la estación y en las ventanas de los vagones. Para evitar alborotos se pusieron otros cristales; mas apenas colocados, veíanse otra vez las mismas cosas: eran

cruces negras de dos dedos de anchas, cabezas de muertos, esqueletos, batallas, etc.

»También hoy se ha presentado el fenómeno en los cuarteles, en el palacio del Ayuntamiento y en más de setenta casas particulares. Rompían los cristales, se cerraban las ventanas, se empleaba el jabón, pero no se pudo hacer desaparecer lo que el dedo de Dios ha marcado. Al cerrar las ventanas aparecía la marca en otro sitio.

»Ciertamente, no se hablaba de otra cosa en la feria, y las gentes iban en masa á verla. Unos lloraban, otros se lamentaban, y muchos juraban é insultaban; en general, todos creen que esto es muy mal agüero. Se me han citado más de diez pueblos en el ducado de Baden ó en la proximidad donde se ven las mismas señales; y aun hay quien afirma que se han visto en todo el dicho ducado. Yo mismo he hablado á muchas personas que vieron el fenómeno, y era cosa de ver su cara despavorida: no se puede dudar del hecho. Además, centenares de personas venidas de Rastadt dicen lo mismo».

El prodigio pasó de Baden á la Alsacia, la invadió toda, llenó también la Lorena, y esto por tanto tiempo, que la prensa periódica tuvo espacio de hacer minuciosas informaciones y discutir los hechos, para acabar los católicos levantando los ojos al cielo y los incrédulos confundiéndose con enmarañadas y ridículas explicaciones que nada explicaron.

Aquellas apariciones parecían decir á unos: *confiad en Dios*; *esa guerra que pasó volverá y triunfaréis;* y á otros: *temblad; estas señales os anuncian que la cólera de Dios os visitará cuando llegue su hora*. Esta hora parece ya muy próxima. El pueblo lo entendió así, diciendo todos á una voz: «Esto sucede porque no nos hallamos aún al fin de nuestras pruebas: Dios nos avisa. ¿Podría hablarnos más claramente? ¿Tantos castigos y señales no aclaran el misterio?»—Vino enseguida la guerra civil en España, perdióla el ejército de la Tradición, y empezó el intervalo de treinta años, después del cual triunfará y pagarán Alemania y Francia su merecido.

CAPÍTULO XVIII

CRISTO REY, EL GRAN MONARCA Y NUESTROS TIEMPOS

CAPÍTULO XVIII

CRISTO REY, EL GRAN MONARCA Y NUESTROS TIEMPOS

I

Pasado, presente y futuro de España.

(Del cap. II del Profeta Daniel).

«Respondió Daniel al Rey Nabucodonosor, diciendo: El arcano que el rey desea descubrir *no se lo pueden declarar al rey los sabios*, ni los magos, ni los adivinos, ni los arúspices; pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios, y éste te ha mostrado, ¡oh rey Nabucodonosor!, *las cosas que sucederán en remotos tiempos*. Tu sueño y las visiones que ha tenido tu cabeza en la cama son las siguientes:

»Tú, oh rey, estando en tu cama, te pusiste á pensar en lo que sucederá *en los tiempos venideros;* y Aquel que revela los misterios te hizo ver *lo que ha de venir*. A mí también se me ha revelado ese arcano, no por una sabiduría que en mí haya más que en cualquier otro hombre mortal; sino á fin de que el rey tuviese una clara interpretación, y para que reconociese los pensamientos de su espíritu.

»Tú, oh rey, tuviste una visión; y te parecía que veías como una grande estatua, y esta estatua grande y de elevada altura estaba derecha enfrente de ti, y su presencia era espantosa. La cabeza de esta estatua era de oro finísimo, el pecho y los brazos de plata, el vientre y muslos de cobre, las piernas de hierro, y la una parte de los piés era de hierro y la otra de barro.

»Asi lo veías tú, cuando, sin que mano alguna la moviese, se desgajó del monte una piedra, la cual hirió la estatua en sus piés de hierro y de barro y los desmenuzó.

»Entonces se hicieron pedazos igualmente el hierro, el barro, el cobre, la plata y el oro, y quedaron reducidos á ser como el tamo de una era en el verano, que el viento esparce; y así, no quedó nada de ellos. Pero la piedra que había herido á la estatua, se hizo una gran montaña y llenó toda la tierra».

«Tal es el sueño. Diremos también en tu presencia, oh rey, su significación. Todas las cosas ha puesto Dios bajo tu dominio: tú, pues, eres la cabeza de oro. Y después de tí se levantará otro reino menor que el tuyo, que será de plata, y luego otro tercer reino que será de cobre, el cual dominará toda la tierra. Y el cuarto reino será como el hierro: al modo que el hierro desmenuza y doma todas las cosas, así este reino desmenuzará y domará todos los demás.

»En cuanto á lo que has visto que una parte de los piés y de los dedos era de barro de alfarero y la otra de hierro, es que el reino que tendrá origen de vena de hierro, será dividido, conforme lo que viste del hierro mezclado con el barro cocido. Y como los dedos de los piés son en parte de hierro y en parte de barro cocido, así este reino en parte será firme y en parte quebradizo. Y al modo que has visto el hierro mezclado con el barro, así se unirán por medio de parentelas, mas no formarán un cuerpo el uno con el otro, así como el hierro no puede aliarse con el barro.

»Pero en el tiempo de aquellos reinos, el Dios del cielo levantará un reino que nunca será destruído; y este reino no pasará á otra nación, sino que quebrantará y aniquilará todos estos reinos, y subsistirá eternamente, conforme viste tú que la piedra desprendida del monte sin concurso de hombre alguno, desmenuzó el barro, y el hierro, y el cobre, y la plata y el oro».

La estatua representaba el poder monárquico de todos los pueblos. La cabeza de oro significaba el imperio de los Caldeos, inmensamente rico, grande y poderoso. El pecho y brazos de plata era el imperio de los Persas, menos considerable que el anterior. El vientre y muslos de cobre eran imagen del imperio griego, ó de Alejandro Magno y sus descendientes. Las piernas de hierro aludían al imperio romano, que por su férrea dureza y valor redujo á polvo el poder de todos sus enemigos. Los piés de hierro y barro son las monarquías en que se dividió aquel imperio. La piedra que destroza todos estos reinos y crece hasta llenar el mundo es el imperio del Gran Monarca, cuya

monarquía será diferente de todas las pasadas en sus leyes y sistema de gobierno.

Son muchos los profetas de la Ley de gracia que llaman eterna á esta monarquía, lo mismo que Daniel, no porque haya de durar eternamente en el mundo, sino porque durará hasta el Anticristo, para perpetuarse luego con Cristo. Daniel mismo lo da á entender muy claramente en el capítulo VII, v. 18, diciendo que esta monarquía durará «hasta el fin del mundo», y «después por los siglos de los siglos».

Profetas hay también que anuncian la continuación temporal de dicha monarquía después del Anticristo hasta el fin del mundo. Alegóricamente, el imperio de la piedra que llena el mundo es el de Cristo en su Iglesia.

II

El Lugarteniente temporal de Jesucristo.

Conviene ampliar lo sentado acerca del imperio del Gran Monarca figurado por la piedra que cae del monte, destroza la estatua y llena después el mundo.

Los expositores, en general, entienden por esta figura profética el reinado de Jesucristo en su Iglesia, no extendiendo la significación temporal de las partes de la estatua sino á las grandes monarquías que hubo hasta Jesucristo. Las siguientes no están prefiguradas en la profecía de Daniel, pues el reinado de la misteriosa piedra dicen que es el del Mesías.

En nuestra humilde opinión, esto no puede ser así. El profeta intérprete indica por tres veces los tiempos remotos en que ha de reinar la piedra, y de todo el contexto se deduce claramente que habla de un reinado temporal como los otros, puesto que los destruye todos: el reinado espiritual de Cristo destruye el pecado, pero no los imperios temporales, antes bien

los purifica y da solidez, con dogmas acerca de los oficios y derechos de príncipes y vasallos. Cristo y su Iglesia dan «al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios».

Pues si el imperio de la piedra desprendida del monte ha de destruir los otros, tiene que ser temporal como ellos, so pena de que digamos, si no es así, que la Iglesia es enemiga de todos los poderes temporales ó quiere temporalmente dominarlos todos. Síguese, pues, claramente, que la piedra representa el imperio del Gran Monarca anunciado por muchos profetas canónicos y por la mayor parte de los profetas de la Ley de gracia.

Siendo así, quedan en todo su vigor la alegoría profética respecto del reinado de Cristo en las almas y otras alegorías contenidas en la visión de la piedra, que nos recuerda aquella otra Piedra sobre la cual fundó Jesucristo su Iglesia; y además tenemos lo que sin nuestra humilde interpretación no puede deducirse de la profecía, esto es, el reinado social de Jesucristo, su imperio en los tronos por medio del Gran Monarca, que será temporalmente su Lugarteniente ó Vicario, como espiritualmente lo es el Romano Pontífice. De esta suerte, Cristo será Rey en todos conceptos, desempeñando invisiblemente las dos Potestades por medio de sus dos Vicarios.

Yo ruego á todos los sabios versados en la Santa Escritura, que, si les parece descaminada esta interpretación, me lo adviertan por caridad, sea en privado, sea en la prensa ó del modo que mejor les parezca. Entretanto, aun hemos de fijar la consideración en otras particularidades notables que corroboran todo lo dicho.

El célebre orador Padre Vieyra dice sobre el personaje semejante al Hijo del Hombre de que habla Daniel, según veremos luego:

«Este texto no se entiende propiamente de la persona de

Cristo, sino de la persona de su segundo Vicario en el imperio temporal; el cual imperio se levantará después de vencida la potencia del Turco (1), con nombre, con dignidad, con majestad y con reconocimiento de Emperador universal del mundo... El Hijo del Hombre es Cristo; el como Hijo del Hombre, es el como Cristo, ó Vice-Cristo; de suerte que, así como el primer Vicario de Cristo, que es el Sumo Pontífice, se llama Vice-Cristo en el imperio espiritual, asimismo el segundo Vicario, por el dominio universal que tendrá sobre el mundo, se llamará también en el imperio temporal Vice-Cristo: *quasi Filius Hominis*».

Teniendo de nuestra parte autoridades como esta, bien podemos afirmarnos en la opinión expresada arriba y casi, casi, convertirla en tesis. Ahora sigamos con las particularidades de que hacíamos mérito:

«Se desprendió del monte una piedra sin que mano alguna la moviese».—¿Qué monte es éste? La Iglesia; de la Iglesia ha de nacer el reinado del Gran Monarca, aunque este reinado no ha de ser la Iglesia. Muchas autoridades de la Escritura podríamos aducir en prueba de que por monte se entiende la Iglesia, pero nos basta la de Isaías, que anunciando así la Iglesia como el imperio del Gran Monarca, dice en el cap. II:

«En los últimos tiempos, el monte en que se originará la Casa del Señor (como si dijera: el poder temporal en que se apoyará) tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes (en la Iglesia: apoyo recíproco) y se elevará sobre los collados, y todas las naciones acudirán á él».

De ese monte se desgaja la piedra sin que mano alguna la mueva. Obra de Dios será este prodigio, no de los hombres; pero no será sin el concurso de ellos, pues en beneficio de ellos se hará. Sólo á Dios debemos nuestra salvación; pero *non salvabit te si ne te*, dice San Agustín, esto es, «no te salvará si no cooperas». Sólo Jesucristo fundó su Iglesia; pero

---

(1) Antes será simple reinado; pero el turco empezará á ser vencido con Alemania en el corazón de Europa, según veremos en otra parte.

no fué sin la cooperación de sus Apóstoles y discípulos. Así será el establecimiento del imperio del Gran Monarca: se desgajará la piedra sin que la mueva la mano del hombre, y sin embargo, no triunfará sin el concurso del hombre.

«*Abscisus* est lapis de monte», dice Daniel. *Abscisus est* puede traducirse: quitado, separado, desgajado, rasgado, desprendido, arrancado, etc., y todo conviene al Gran Monarca en sus relaciones con la Iglesia, ora en cuanto miembro de su jerarquía, ora en cuanto afligido por ella, ya por ser pecador como dijo San Francisco de Paula, ya porque se le persiga merced á su celo contrario á los egoísmos de algunos príncipes de la Iglesia; y en fin, porque de tal modo obrará, que será verdaderamente Piedra, esto es, hijo fidelísimo de la Santa Sede, salido de la Iglesia docente ó desprendido de lo alto del monte. Es de recordar aquí á los buenos españoles, á los Españolistas, esta exhortación de Isaías: «Atended á la piedra de que fuisteis cortados: *attendite ad petram unde excissi estis*».

III

Intérprete y profeta.

Yerran los que reducen el alcance de las profecías canónicas del Antiguo Testamento á los tiempos anteriores á Cristo. Verdad es que la primera venida del Cristo, y por ella la segunda, era el principal objeto de todas, así como el de las del Nuevo Testamento, y particularmente del Apocalipsis, es la segunda venida del Redentor, y por ella la primera; pero del mismo modo que la primera fué preparada por los acontecimientos de cuarenta siglos, lo está siendo la segunda por todos los acontecimientos de los siglos cristianos. Por lo tanto, hállanse estos predichos en uno y otro

Testamento, de donde se sigue que la Santa Biblia no sólo es profecía de todos los tiempos, sino que sobrepujará los tiempos y en el cielo mismo hará una de las glorias accidentales de los Bienaventurados, pues sólo allí conoceremos todos los misterios que contiene el Libro de Dios. Esta opinión nuestra es firme; más bien merece llamarse convicción.

Tenemos por cierto que el Gran Monarca ha de poner fuera de toda duda la verdad de todo lo que afirmamos en este estudio, pues al parecer, ha de ser uno de los hombres más versados en Escritura y profecías, así como en otras ciencias. El venerable Sacerdote y gran profeta Bartolomé Holzhauser, dice terminantemente con otros profetas, que el Gran Monarca es el Angel del capítulo X del Apocalipsis, y comentando el verso 13, dice así:

«Sigue la otra persona que representa este Angel, cual es la de *nuncio celestial que revela los secretos divinos referentes á los acontecimientos de los últimos tiempos*, y la de Sumo Presidente, custodio y protector de aquel imperio que vió Daniel en el cap. 12, y que estaba sobre las aguas del río».

De este capítulo cúmplenos ahora copiar dos solos textos, con que se confirma lo dicho y se responde á las preguntas de muchos que no saben explicarse por qué las profecías concernientes al Gran Monarca han sido en general tan mal interpretadas y entre nosotros tan poco conocidas. Dice, pues, el Arcángel San Gabriel á Daniel Profeta.

«Ten guardadas estas palabras y sella el libro hasta el tiempo determinado: muchos lo recorrerán, y sacarán de él mucha doctrina.—Anda, Daniel, que estas son cosas recónditas y selladas hasta el tiempo determinado».

Con estos secretos se relaciona el de Isaías que dijo: *secretum meum mihi, secretum meum mihi.*

El taumaturgo San Francisco de Paula dijo también en sus cartas proféticas sobre el Gran Monarca, según hemos dicho otras veces, que éste «investigará los secretos del Espíritu Santo» sobre la reforma del

mundo; que «irá interpretando los obscuros secretos del Espíritu Santo», etc.

También la profecía de Disentis, como recordarán nuestros lectores, dice que el gran hombre «conocerá las profecías sagradas que anuncian este memorable acontecimiento, pero no sabrá cierto si le conciernen, sino á medida que se vayan cumpliendo». Es decir, preverá con toda seguridad la inminente aparición del Gran Monarca, sin saber cierto si este Monarca ha de ser él mismo, porque puede hacerse indigno, perder su vocación, ó pedir al Señor que confíe esa misión á otro, y el Señor oirle.

IV

Semejante á Jesucristo.

Otra de las particularidades notables con que las profecías caracterizan al Gran Monarca, es ser fiel trasunto é imitador de Jesucristo. La profecía de Disentis y otras lo presentan abandonado de sus amigos, y después seguido y aclamado de ellos: abandonado primero y luego aclamado fué también Jesús por los suyos. Habrá sido tan pecador como anuncia San Francisco de Paula y dan á entender otros profetas; pero aun en esto semejará á Jesucristo que cargó con los pecados de todos y fué reputado oprobio de los hombres y abyección de la plebe, enemigo de las potestades, perturbador y revolucionario, ambicioso, loco, endemoniado, etc., etc., por lo cual la Iglesia de aquel tiempo, á una con el poder civil, le calumnió, persiguió y condenó á muerte.

Estudiemos otras semejanzas del Gran Rey con Jesucristo, omitiendo de intento una de las más notables, cual es el ser profeta de sí mismo como de sí

mismo lo fué Jesús. También San Juan Evangelista lo fué, y San Vicente Ferrer y otros.

Por medio de las sobredichas humillaciones triunfó Jesús, y por ellas el Gran Monarca ha de ir á su triunfo, tal vez ofreciéndose á Dios por víctima para que sean perdonados sus hermanos, á imitación del divino Modelo: moralmente ha de ser crucificado por sus enemigos antes que resucite triunfante. Cayendo como Cristo se ha de levantar con Cristo; la piedra de Daniel no derribó la estatua sino cayendo y rodando de la cumbre á lo hondo. Así son los triunfos de Dios. «Nadie asciende sino el que ha descendido, dijo Cristo; y el que se humilla será ensalzado, y el que se ensalza será humillado».

Ayunó y oró Jesús en el desierto, allí fué tentado por el enemigo, allí hizo penitencia por nosotros. Pues bien; hay dos notables y muy venerables profetisas que también en este punto expresan la semejanza del Gran Rey con Jesucristo. «Un príncipe, dice Mariana Galtier, conocido de Dios sólo—y sólo de Dios era conocido el Dios Hombre,—que hace penitencia en el desierto—desierto moral, y acaso real,—debe venir como por milagro: hará leyes nuevas». Nuevas las hizo Jesús. ¿Hará penitencia por sus pecados, y con ellos para que Dios perdone su Patria? Lo importante es saber esto que dijo Magdalena Porsat:

«Si San Agustín no hubiera sido un gran pecador, ¿habría sido después tan gran lumbrera de la Iglesia?... Preguntad al hijo pródigo. ¿Creéis que el hijo pródigo va á ser condenado porque todavía no se levanta para ir á su padre y pedirle perdón? ¡María hará que se levante!»

Se levantará; tanto, que el Ven. Holzhauser vuelve á descubrirlo en el cap. XIV del Apocalipsis, en aquel varón «sentado en la nube y semejante al Hijo del Hombre», y dice que lo es «por la semejanza de las grandes y arduas virtudes con que imitará al divino Salvador».

«Será, añade, humilde, manso (1), veraz, amante de la justicia, fuerte en la guerra, sabio y celador de la divina gloria. Se cumplirá en él de algún modo aquel vaticinio que de Jesucristo hizo Isaías: «Descansará sobre él el Espíritu de sa»biduría y de entendimiento, el Espíritu de consejo y de for»taleza, el Espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará el Es»píritu de temor de Dios».

Daniel vió también en las nubes un varón semejante al Hijo del Hombre, y asimismo dicen los profetas que es el Gran Monarca. Daniel dice, en el texto comentado por el P. Vieyra, algo que no se halla en el Apocalipsis; copiemos:

«He aquí que venía entre las nubes del cielo un personaje que parecía el Hijo del Hombre, el cual se adelantó hacia el Anciano de días, y le presentaron á Él. Y dióle éste la potestad, el honor y el reino; y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán: la potestad suya es potestad eterna que no le será quitada y su reino es indestructible... Después recibieron el reino los Santos del Altísimo (así llama San Francisco de Paula á los Crucíferos del Gran Monarca), y reinarán hasta el fin del siglo y por los siglos de los siglos».

Volvamos al Apocalipsis y su comentador profético el V. Holzhauser. El varón «semejante al Hijo del Hombre, dice el primero, tenía en su cabeza una corona de oro», ó como dice Daniel, «dióle el Anciano de días la potestad, el honor y el reino».

«Porque este rey, comenta el V. Holzhauser, será grande, rico y poderoso; será *Señor de los que dominan* y vencerá á los reyes gentiles».

Rex regum et Dominus dominantum, dice el Apocalipsis que llevaba escrito el Hijo de Dios.

La semejanza es más patente si se consideran estas palabras que, según la Sibila Triburtina, llevará también escritas el Gran Monarca:

Rex Romanus omne sibi vindicat regnum christianorum, esto es: «el Rey de Romanos vindica para sí el dominio de todo la cristiandad».

---

(1) Véase la explicación de estas virtudes en el capítulo XIV, art. VI.

Hasta en su coronación será semejante á Jesucristo.

«Un cierto Rey, dice de él el V. Bernardino de Bustis, irá á Roma y recibirá del verdadero Sumo Pontífice (porque habremos tenido antipapas) la corona, no de oro, sino de espinas, con la cual querrá ser coronado por reverencia de Cristo coronado de espinas».

Casi con las mismas palabras lo anuncia también el Ven. Telesforo:

«Será coronado Emperador de los romanos, no con diadema de oro, sino de espinas, á petición suya, por su amor á la Pasión de Cristo».

Cita el mismo Bernardino de Bustis una profecía anónima, harto autorizada porque él la adopta, y dice esta:

«Será coronado Emperador con una corona de espinas; y levantando el estandarte de la Cruz, reunirá un poderoso ejército».

Este estandarte le será dado por el Papa.

«El Pontífice lo coronará y lo declarará legítimo Emperador de los romanos, dice la célebre profecía del Padre Capuchino, y desde la Cátedra de San Pedro levantará el estandarte ó Crucifijo y lo consignará al nuevo Emperador».

El Fundador y Capitán de los Crucíferos no es de maravillar que lleve la Cruz por estandarte. San Francisco de Paula y otros lo anunciaron igualmente.

En fin, son tantas las semejanzas del Gran Rey con Jesucristo, que es imposible mencionarlas todas aquí: no cabrían en todo este volumen. El lector las irá advirtiendo á medida que narremos la historia futura del hombre de tan admirables destinos; porque es de saber que hemos dicho todavía muy poco de él; fáltanos lo principal, y todo lo iremos diciendo con la ayuda de Dios en otros libros.

Terminaremos este artículo diciendo, con gran número de profetas, que este admirable Monarca acabará sus días en Jerusalén, orando ante el Sepulcro del Señor, á quien hará entrega de su imperio, lo

cual confirma lo que hemos dicho acerca de la eternidad del mismo imperio.

(*Luz Católica*, núm 27=4 Abril 1901).

V

La profecía de Isaías.

El libro del profeta Isaías es un poema sublime, ó más bien, una colección de poesías proféticas, de demostraciones filosóficas, de grandiosos acontecimientos históricos, cada una de cuyas partes fué compuesta en épocas diferentes y es, hasta cierto punto, independiente de lo que la precede y la sigue; pero el todo parece un conjunto armónico como si obedeciera á un plan, y el estilo es siempre el mismo, elevado, elegante, majestuoso, sublime, lleno de imágenes, académico, por decirlo así.

La figura del Mesías es la que sobresale en todo el libro; Isaías parece un Evangelista, un historiador de la vida y muerte de Jesucristo. Pero así como Jesucristo debe reinar en la Iglesia hasta el fin de los tiempos, así el profeta le sigue hasta el último día y traza á grandes rasgos los principales acontecimientos que sobrevendrán á la Iglesia hasta el fin.

«Vió con su gran espíritu profético los últimos tiempos, dice el Eclesiástico, y consoló á los que lloraban en Sión. Anunció las cosas que sucederán hasta la eternidad, y las ocultas antes que aconteciesen». (*Eccli.*, XLVIII, 27, 28).

Así, pues, Isaías previó y profetizó los grandes acontecimientos de la época presente, lo mismo que de las pasadas y futuras. El que no halle en su gran profecía el anuncio de estos acontecimientos, culpe á su propia ignorancia, pero no la tome por razón de negar lo que es innegable. Los cuatro Profetas Mayores y varios de los Menores abarcan asimismo todos

los tiempos; pero Isaías es el que más desciende á detalles, si así cabe decirlo.

Siendo Cristo y la Iglesia el objeto principal de su profecía, natural es que muchos de sus pasajes convengan en sentido literal histórico unas veces, y otras figurativo, al esperado Gran Monarca, fiel trasunto de Jesucristo y objeto de tantas profecías, pacificador del mundo y brazo invencible de la Iglesia Católica. ¿Y qué mucho que Isaías se refiera varias veces á este Lugarteniente temporal de Cristo Rey, si apenas hay en la Biblia un profeta que no lo anuncie?

«La Biblia entera, dice Peladán, conságrase á anunciar la venida de Jesucristo y la gloria de su Iglesia; pero debe advertirse que tiene muchos sentidos figurativos que es necesario estudiar en los comentadores. Además de estos significados simbólicos, las Escrituras contienen partes que atañen especialmente á ciertas épocas, y particularmente á los últimos tiempos. Los profetas no han descuidado consignar este punto esencial en sus revelaciones. Por eso el Gran Monarca, cuya existencia tiene tan directa relación con la Iglesia y la economía general de las sociedades de su tiempo, está señalado con precisión en cien lugares del Libro sagrado». *(Nouveau Liber Mirabilis).*

A seguido el mismo Peladán aplica al Gran Monarca el capítulo XXXII de Isaías (lo cual también alguna vez ha hecho *Luz Católica*), y muchos otros textos de profetas bíblicos, que suprimimos por falta de espacio; repitamos solamente el de Isaías, que dice así:

«Sabed que vendrá un rey que reinará con justicia, y sus magistrados gobernarán con rectitud. Este varón será como un lugar de refugio para guardarse del viento y guarecerse de las tempestades (sociales); como arroyo de frescas aguas en tiempo de sequía y como la sombra de alta roca en medio de un páramo. No se ofuscarán ya los ojos de los que buscan la luz, y escucharán atentamente los oídos de los que desean oir la verdad. Entonces el corazón de los ignorantes entenderá la ciencia, y la lengua de los balbucientes hablará clara y expeditamente. El insensato ya no será más llamado príncipe, ni tendrá el tramposo el título de magnate; porque el necio hablará necedades y su corazón maquinará maldades, usando

de hipocresía, y hablando de Dios con doblez, y consumiendo el alma del hambriento, y quitando el agua al que muere de sed. Las armas de que se vale el impostor son muy malignas, pues está siempre maquinando tramas para perder con mentirosas palabras á los de buen corazón, á los pobres que piden justicia. Pero el príncipe que os anuncio pensará cosas dignas de príncipe y velará por la rectitud de los magistrados y caudillos».

Este capítulo, literalmente, sólo es aplicable al Gran Monarca.

VI

La exaltación por medio de la humillación.

Ahora bien; el establecimiento y la economía del reinado de Jesucristo en su Iglesia no han de ser según las leyes de los hombres, sino según las leyes de Dios, el cual humilla para ensalzar, destruye para edificar, mortifica para vivificar. El trono de Jesucristo será una Cruz, y este instrumento de ignominia y de muerte quedará convertido en instrumento de honor y de salud; será la enseña de los ejércitos de Dios, el lábaro de la victoria, la señal de todos los cristianos, y ante él se postrarán todas las gentes adorando al que fué en él crucificado.

Habiendo de ser muy semejante al divino Rey de la Cruz su Vicario temporal ó Gran Monarca, también será sometido á las humillaciones, pobrezas, dolores, en fin, á todos los abatimientos que requieren su crucifixión moral primero y su exaltación después; y asimismo la Cruz del divino Rey será su estandarte y la señal infalible de su victoria universal, para que el mundo entero adore á Jesucristo y reine la paz de Dios en los hombres.

Y siendo de Dios esta paz, no se establecerá sino según el mismo plan de Dios, esto es, pasando primero la Iglesia y las naciones por toda suerte de humilla-

ciones y castigos y pruebas, así morales como físicos y sociales como religiosos. Cuando este diluvio de males haya anegado y purificado el mundo, entonces brillará en los aires el arco iris de la paz de Dios, y el bien reinará en la tierra.

He ahí lo que el profeta Isaías anuncia y describe en su grandioso poema, sin perder nunca de vista al divino Rey de la Cruz, y pocas veces á su trasunto el Gran Monarca. Muchas veces se refiere á entrambos con una sola expresión, otras sólo al divino Rey, otras principalmente al rey humano, pasando ya de la realidad á la figura, ya de la figura á la realidad, ora del Modelo al modelado y viceversa, ora del pecador al que quita los pecados del mundo. Alegóricamente puede casi todo aplicarse al Papa; quede sentado así en este pequeño estudio.

Su primer capítulo es una introducción del libro y bosquejo de todo lo que en él va á decir; empieza describiendo la apostasía de las sociedades, sigue anunciando su castigo, descubre luego la redención, y acaba prometiendo la ventura de la paz; he ahí todo el libro, acabando por la victoria del Cordero y la aparición de la nueva Jerusalén como el Apocalipsis.

De buen grado pondríamos aquí sus principales pasajes; pero tenemos que reducirnos á unos pocos, sólo por vía de muestra, y serán de los últimos capítulos de este poema incomparable. Si algún lector cree que adelantamos demasiado en la interpretación de lo que va á seguir, tenga un poco de calma para hallar al final la satisfacción que daremos á sus escrúpulos.

VII

Abatimientos del Cristo y del Gran Monarca.

Debemos advertir desde luego que, bajo el nombre de Jerusalén, el profeta comprende la Iglesia Católica

además de la capital judáica; bajo el nombre de Judea, la misma Iglesia unas veces, y otras España; bajo el de Sión, ya la Roma papal, ya la Iglesia de España ó la tradición católica española, etc., etc.

Asimismo, como ya se ha dicho, gran parte de lo que anuncia del Mesías conviene también al Gran Monarca español. Y esto sentado para evitarnos llamadas, paréntesis y comentarios, entremos en la materia propuesta.

Después de una ferviente exhortación al pueblo judío, en la que el profeta le demuestra que sus males provendrán de su infidelidad y desobediencia, anúnciale que la cautividad de Babilonia—y lo mismo se entiende de la dominación del liberalismo revolucionario,—durará sólo el tiempo prefijado, después del cual triunfará la Iglesia, bajo la figura de Jerusalén reconstruída. Aparece por de pronto el Mesías, y con él la silueta del Gran Monarca, diciendo:

«Oíd, naciones remotas, atended, pueblos distantes. El Señor me llamó desde el vientre de mi madre; me impuso nombre cuando aún estaba yo en el seno materno. Convirtió mi boca en aguda espada; bajo la sombra de su mano me cobijó; hizo de mí como una saeta bien afilada, y dentro de su aljaba me guardó.—Poco es, me dijo, que tú me sirvas para restaurar las tribus de Jacob (ó Europa cristiana) y convertir los despreciados restos de Israel (ó la Catolicidad). Yo te he destinado para que seas luz de las naciones, y la salud enviada por mí hasta los últimos confines de la tierra.—Te constituí alianza de mi pueblo, para que restaures el mundo, entres en posesión de las heredades devastadas y digas á los oprimidos por las cadenas: *Sed libres;* y á los que moran en tinieblas: *Venid á la luz.*—Esto dice el Señor: Yo extenderé mi mano hacia las naciones y enarbolaré en los pueblos MI ESTANDARTE (la Cruz).

»Y los reyes serán los que te alimenten, oh Sión, y las reinas serán tus nodrizas; rostro á tierra te adorarán y besarán el polvo de tus pies.—Será recobrado lo que arrebató la fuerza. Yo juzgaré á los que te juzgaron, yo salvaré á tus hijos, yo haré comer á tus enemigos sus propias carnes» (c. XLIX).

Pero ¡ah! esta gloria, esta ventura sin precedente en la historia, no llegará, no, sin que el Salvador des-

tinado por Dios á tan gran obra pase por todas las humillaciones y dolores que Dios mismo le reserva: antes que el grano de mostaza germine y se convierta en frondoso árbol, debe ser hundido en la tierra; si el grano de trigo no muere debajo del surco, no dará su espiga.

Tal es la ley de Dios; vedla realizada en el Rey divino y aplicada al rey humano:

«Sabed que mi siervo estará lleno de saber; será ensalzado y engrandecido, y llegará á la cumbre misma de la gloria; pero así como tu ruína, oh Jerusalén, sorprendió á muchos, así también su aspecto parecerá sin gloria ante los hombres, y su forma despreciable entre los hijos de los hombres» (c. L. II).

—«¿Quién creerá nuestro anuncio? ¿A quién se ha revelado la aparición de ese brazo del Señor? Porque no obstante la grandeza á que está llamado, crecerá á los ojos del pueblo como una planta humilde y como una raíz en tierra árida. No es bello ni agraciado su aspecto; vímosle, dirán, y no hallamos en él cosa que llamase nuestra atención, antes bien vimos que era despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores, que sabe lo que es padecer; y su rostro estaba como velado por la afrenta, por lo cual no hicimos de él ningún caso. Es verdad que él mismo tomó sobre sí nuestro pecado y cargó con la penosa satisfacción que por ellos debemos; pero nosotros le reputamos como un leproso y un hombre herido y humillado por Dios, siendo así que por causa de nuestras iniquidades fué él llagado, y despedazado por nuestras maldades. —Fué ofrecido en sacrificio porque Él mismo se ofreció, y no hubo queja en su boca. Conducido será como oveja al matadero y guardará silencio como el corderillo que trasquilan. Después de tanta opresión y condena será levantado en alto; pero ¿quién podrá explicar su genealogía?» (c. LIII).

VIII

Jesucristo, Judas Macabeo y el Gran Monarca.

¿Cuál será esta exaltación, debida á tantos trabajos, tantas aflicciones y amarguras, tantas humillaciones y

dolores, tantas deshonras é ignominias, todo voluntariamente aceptado por amor de Dios y del pueblo? El profeta la anuncia en los capítulos siguientes; es la exaltación del premio religioso-social más bien que personal. Sión será exaltada, Jerusalén será gloriosa, Judá será la reina de las naciones, y en todo Israel habrá paz, la paz de Dios acompañada de todo linaje de venturas; pero á fin de que no haya engaño acerca del Restaurador por quien Dios concede al mundo tanta dicha, el incomparable poeta de esta profecía vuelve á ocuparse del divino Rey y de su sombra el Gran Monarca, con esta magnífica enumeración de fines que al mismo Gran Monarca es aplicada por el V. Holzhauser y otros profetas:

«Sobre mí ha reposado el espíritu del Señor, porque el Señor me ha ungido y enviado á instruír á los humildes, para consolar á los atribulados de corazón, predicar la redención á los esclavos y la libertad á los que gimen en prisiones; para publicar el tiempo de reconciliación con el Señor y el día de la venganza de nuestro Dios; para que yo consuele á todos los que lloran, señaladamente á los que lloran en Sión, y poner en su cabeza una corona en lugar de la ceniza que llevan, derramar en ellos el bálsamo del gozo en el lugar de los llantos, y darles un ropaje de gloria en cambio de la tristeza de su corazón; y los que en ella habiten serán llamados los valientes en la justicia, plantío del Señor para gloria suya» (c. LXI).

Sigue el profeta poniendo en boca del Mesías y del Gran Monarca nuevos rasgos que completan el cuadro ya trazado de la Iglesia y de España, y luégo toma por su propia cuenta la persona de uno y otro, para descubrir más ampliamente al Restaurador divino y al Restaurador humano, que son el tema capital de su profecía.

«Mi amor á Sión, exclama, no me permite callar; por amor á Jerusalén no sosegaré hasta tanto que su Justo aparezca como la luz del día y su Salvador brille como antorcha (c. LXXII).—Pero ¿quién es este que viene de Edom (Idumea ó países infieles), este que viene de Bosra (capital de ella) con los vestidos manchados? ¿Quién es este de tan gallarda apostura, que camina descubriendo su gran fortaleza?—

Yo soy el que hablo justicia y lucho para salvar á los hombres.—¿Por qué, pues, está rojo tu vestido y parece tu ropa como la de los que pisan la vendimia en el lagar?—El lagar lo he pisado yo sólo; ninguno de entre todas las gentes me prestó ayuda, antes bien yo los pisé con mi furor, los rehollé con mi ira, y su sangre salpicó mi vestido y manchó toda mi ropa. Porque este es el día fijado en mi corazón para tomar venganza; ha llegado el tiempo de redimir á los míos. Miré en derredor y no hubo quien acudiese en mi socorro; anduve buscando y no hallé persona que me ayudase; sólo mi brazo me salvó, sólo la indignación que concebí me sostuvo, y en mi furor pisoteé los pueblos y los embriagué de mi indignación, y postré por tierra sus fuerzas. Yo me acordaré de las misericordias del Señor; al Señor alabaré por todas las cosas que él ha hecho en favor nuestro» (c. LXIII).

¿Quién es el personaje típico representado en este cuadro? La letra de algunas frases dice: Judas Macabeo. La letra del conjunto dice: el Gran Monarca español. El espíritu de la letra dice: Jesús, Salvador de los hombres. Judas Macabeo, que fué una acabada figura del Gran Monarca, triunfó en Edom y en Bosra, arrastrando por el lodo la gloria de la Idumea, pisando á los infieles como en lagar y tiñendo con sangre de ellos sus vestidos. No sólo de la Idumea, sino de todas las naciones por ella representadas, triunfará del mismo modo el Gran Monarca; pero este Monarca y el Macabeo son lugartenientes del Rey de Reyes, á quien antes que á ellos conviene, por lo menos alegóricamente, el conjunto de este pasaje. En cuanto á las frases «sólo mi brazo me salvó», etc., propiamente convienen á Jesucristo; á ellos sólo convienen en el concepto de que ninguno de los grandes y poderosos les prestó ayuda al principio.

IX

Premio de buenos y castigo de malos.

La página que acabamos de examinar es misteriosa y á la vez profética, es real y figurativa. La siguiente,

ó sea el capítulo LXIV, tiene, si se quiere, más de realidad y figura y menos de misterio. Pecó el pueblo judío y fué castigado; pecamos nosotros, y lo hemos sido también y lo seremos aún. Reconozcamos nuestras maldades, para que por nuestra humilde confesión se mueva el Señor á mirarnos con ojos de misericordia, atenuando el castigo y concediéndonos la pronta aparición del Restaurador prometido. Así lo hace el profeta diciendo:

«Todos nosotros nos hemos convertido como en leprosos inmundos; todas nuestras justicias son como un trapo sucio y hediondo; hemos caído todos como hojas secas, y nuestras maldades nos han arrebatado como un huracán. No hay ya quien invoque tu Nombre, Señor; no hay quien se levante á detener tu ira; nos has ocultado tu rostro y nos has estrellado contra nuestra misma maldad. Ahora bien, Señor; tú eres nuestro Padre: nosotros somos el barro y tú el alfarero: obras somos todos de tus manos.

»No te irrites demasiado con nosotros, Señor, ni te acuerdes más de nuestra maldad; míranos; todos nosotros formamos tu pueblo... La casa de nuestra santificación y de nuestra gloria, donde nuestros padres cantaron tus alabanzas, está hecha un montón de cenizas, y todas nuestras grandezas se han convertido en ruínas. Señor, ¿seguirás conteniéndote á la vista de estas cosas? ¿Continuarás callando y afligiéndonos hasta ese punto?»

Mas ¡ay! los que así oran á su Dios son tan contados, que no desarman la cólera divina. La inmensa mayoría de este pueblo ora sin espíritu y sin verdad, provocando á Dios en vez de apaciguarle; vense amenazados de males gravísimos, y acuden al Señor á quien no sirven. ¿Vamos así á librarnos del castigo? Oíd lo que responde el Señor seguidamente:

«Han venido á buscarme aquellos que antes no preguntaban por mí; hanme hallado aquellos que no me buscaron. Yo he dicho á la nación que no invocaba mi Nombre: Aquí estoy, héme aquí. Extendí todo el día mis brazos hacia un pueblo incrédulo que anda por mal camino en pos de sus antojos; pueblo que cara á cara está continuamente provocando mi cólera... hombres que dicen á otros: apártate de mí, no me toques, porque tú eres inmundo. Estos se convertirán en hu-

mareda el día de mi furor, en fuego que arderá siempre» (c. LXV).

Sin embargo, el Señor se acuerda de sus siervos, oye al fin las oraciones de ellos, concédeles el Restaurador y dice á todos:

«Por amor de mis siervos, no permitiré un exterminio total. Sacaré de Jacob un linaje y de Judá quien domine sobre mis montes; y esta será la herencia de mi pueblo, y en ella habitarán mis siervos. Pero á vosotros que abandonasteis al Señor, que os olvidasteis de Sión mi santo Monte, que aparejasteis un altar al ídolo de la Fortuna y derramasteis sobre él libaciones, yo os iré entregando uno á uno al filo de mi espada y todos pereceréis en esta mortandad, puesto que os llamé y no respondisteis, os hablé y no hicisteis caso». *(Ibid).*

Literalmente se verificó esto en la destrucción de Judea y Jerusalén por Tito; y los antiguos autores no pudieron menos de notar que ni un solo cristiano había en Jerusalén cuando Tito la sitió. ¡Quiera Dios que no tenga esta profecía un nuevo cumplimiento sino en la moderna Babilonia, de la que un aviso del cielo hará salir á todos los siervos de Dios antes que sea entregada á las llamas! *Exite de illa, popule meus...*

El profeta sigue describiendo las últimas ruínas de Jerusalén, la dispersión de sus hijos, la infamia perpetua que caería sobre el nombre judío, y otras cosas que tienen exactísima aplicación á la destrucción de la Babilonia moderna y del liberalismo y de las sectas todas, y termina su grandioso poema anunciando otra vez la reunión de los restos de Israel, ó sea el triunfo de los que habrán permanecido fieles á Dios y seguido la bandera de la Cruz enarbolada por el Gran Monarca:

«Yo levantaré en medio de ellos, dice el Señor, *una señal*, (la santa Cruz); y los que se salvaren... anunciarán mi gloria á las naciones» (c. LXVI).

X

El sentido literal.

Así termina este poema notablemente hermoso, harto poco conocido en literatura porque, generalmente, es mal vertido por los traductores y mal comprendido por los comentadores, estando aún por formar la exégesis católica.

No se escandalicen de estas graves palabras nuestros lectores, que no son nuestras, sino literalmente traducidas de un crítico severísimo, de un escriturario y profetólogo dotado de vastísima erudición, enemigo jurado de toda profecía que no pertenezca al Canon bíblico, enemigo hasta de las Revelaciones de Santa Brígida por tantos Papas y Santos y sabios aprobadas, y sin embargo, amigo imparcial de dejar á un lado ciertas interpretaciones antiguas para dar lugar á otras nuevas mejor fundadas. Este crítico es el abate Leganu; las palabras traducidas son de su *Dictionnaire des propheties et des miracles* (tom. 2.°, pág. 989, edit. Migne), y siguen á ellas dos columnas, cuyos principales párrafos nos importa mucho traducir en confirmación de nuestras opiniones, ya bastante autorizadas por lo que el célebre Padre Vieyra nos dijo en *Luz Católica* sobre *Las novedades del tiempo*. Sigue, pues, el abate:

«Los intérpretes conceden mucha importancia al sentido en que tal ó cual Padre de la Iglesia desvió tal ó cual pasaje de la Escritura, en atención al pensamiento que él tenía entonces; porque esta interpretación truncada, puramente de moralidad ó edificación, y quizá simplemente oratoria, prescinde constantemente del sentido literal».

Cita varios ejemplos de interpretaciones de Santos Padres sobre el último capítulo del mismo Isaías; prueba que el profeta se refería terminantemente á

otras cosas y acontecimientos que dichos intérpretes no tuvieron ocasión de descubrir; indica que muchos de estos acontecimientos se verifican hoy ó se verificarán en tiempos venideros, y añade:

«Para capacitarse del sentido literal, exegético, de un texto, es necesario considerar éste en su conjunto, examinarlo como una obra literaria y prescindir enteramente de todas las glosas que ha motivado, aunque todas, no obstante su diversidad, pueden ser muy buenas en otro concepto, como es el de la edificación de las almas.

«*Se acerca, pues, el momento en que la Escritura será estudiada de esta manera y traducida por literatos que buscarán el sentido de la palabra en el conjunto del pensamiento, y no el pensamiento disecado en los elementos de que la palabra se compone*».

Esta confesión, en boca del abate Leganu, es de un valor extraordinario. Más de un siglo antes que él lo enseñó y probó con mayor erudición y copia de razones el P. Vieyra.

(*Luz Católica*, núm. 76=20 Marzo 1902).

XI

Cristo, Rey por el Gran Monarca.

(Pasajes del Profeta Isaías).

«El pueblo que andaba en tinieblas vió una gran luz: amaneció el día á los que moraban en la fría región de la muerte. Un Niño ha nacido para nosotros y se nos ha dado un Hijo, el cual lleva sobre sus hombros el Principado, y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de Paz. Su imperio será amplificado, y la paz no tendrá fin.

»En aquel día será cantado este cántico en tierra de Judá: Sión es nuestra ciudad fuerte; el Salvador será para ella muro y antemural. Abrid las puertas y éntre la gente justa, que observa la verdad.

»Ya se ha disipado el antiguo error: Tú, Señor, nos conservarás la paz, la paz, ya que en Ti tenemos puesta nuestra esperanza. Vosotros (nos dicen los Angeles) pusisteis para

siempre vuestra esperanza en el Señor, en el Señor Dios, que es nuestra fortaleza eterna. Porque Él abatirá á los que se ven sublimados, humillará la ciudad altiva, la humillará hasta el suelo, la humillará hasta reducirla á polvo. La hollarán los pies, los pies del pobre; la pisarán los mendigos.

»En aquel día el Señor, con su espada cortante, y grande, y fuerte, tomará residencia á Leviatán, serpiente gruesa (protestantismo, filosofismo, masonería); á Leviatán, serpiente tortuosa (liberalismo); y matará la ballena que está en el mar de este mundo (política revolucionaria).

»En aquel día arrojará de sí cada uno sus ídolos de plata y sus ídolos de oro; ídolos que os habéis fabricado para idolatrar. Y caerá el Asirio al filo de la espada; pero no espada de hombre, pues la espada que le atravesará, espada será de Dios. Y por el terror vendrán á desfallecer sus fuerzas, y huirán despavoridos sus príncipes. Lo ha dicho el Señor.

»Sabed que un rey (el Gran Monarca) reinará con justicia, y sus magistrados gobernarán con rectitud. Y este varón será como un lugar de refugio para guardarse del viento y guarecerse de las tempestades, y será como arroyos de frescas aguas en tiempos de sequía, y como la sombra de una alta peña en medio de un páramo.

»No se ofuscarán ya las ojos de los *videntes*, y escucharán con atención los oídos de los que oigan á los *profetas*. Entonces el corazón de los necios entenderá la ciencia, y la lengua de los balbucientes hablará clara y expeditamente.

»El insensato ya no será más llamado príncipe, ni el tramposo tendrá el título de magnate; porque el necio hablará necedades, y su corazón maquinará maldades usando de hipocresía, y hablando de Dios con doblez, y consumiendo el alma del hambriento, y quitando el agua al que muere de sed.

»Las armas de que se vale el impostor son muy malignas, pues está siempre maquinando tramas para perder con mentirosas palabras á los buenos, mientras el pobre habla lo que es justo. Pero el Príncipe que yo os anuncio pensará cosas dignas de un príncipe y velará sobre los caudillos de su pueblo.

»Mujeres opulentas, levantaos y escuchad mi voz; hijas que os perdéis confiando en las riquezas, prestad oídos á mis palabras; porque después de días y de años, vosotras que vivís tan confiadas os hallaréis en turbación, pues ya no habrá más vendimias ni más recolección de frutos. Pasmaos, mujeres opulentas; temblad, vosotras que estabais tan confiadas.

»Espinas y abrojos cubrirán la tierra de mi pueblo, hasta tanto que de lo alto se derrame sobre nosotros el espíritu del Señor, pues entonces el desierto se convertirá en un Carmelo (región fructífera) y el Carmelo en un desierto; y la equidad

habitará en el desierto y la justicia fijará su morada en el Carmelo.

»Y la obra de la justicia será la paz, y el efecto de esta justicia será el sosiego y seguridad sempiterna. Y reposará mi pueblo en hermosa paz, y en tabernáculos de seguridad, y en el descanso de la opulencia.

»Aquel que anda por las sendas de la justicia y habla verdad, que aborrece las riquezas adquiridas con la calumnia y tiene limpias sus manos de todo cohecho, éste es el que tendrá su morada en las alturas; sus ojos verán al rey de los cielos en su gloria.

»No verás ya, oh Príncipe, un pueblo descarado, un pueblo de hablar obscuro, cuya algarabía de lenguaje no puedas entender, el cual carece de toda sabiduría. Tus ojos verán á Jerusalén, mansión opulenta.

»El Señor es nuestro Juez, el Señor nuestro Legislador, el Señor nuestro Rey: Él es el que nos ha de salvar».

«La región desierta é intransitable se alegrará, y saltará de gozo la soledad y florecerá como lirio: fructificará copiosamente y se regocijará llena de alborozo, y entonará himnos; se le ha dado á ella la gala del Líbano, la hermosura del Carmelo y de Sarón; éstos verán la gloria del Señor y la grandeza de nuestro Dios.

»Decid á los pusilánimes: buen ánimo, no temáis; mirad á vuestro Dios que viene á ejecutar una justa venganza. Dios mismo en persona vendrá y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y quedarán expeditas las orejas de los sordos. Y la tierra que estaba árida quedará llena de estanques, y de aguas la que ardía en sed. En las cuevas, que eran antes guaridas de dragones, nacerá la verde caña y el junco.

»Habrá allí una senda y camino que se llamará camino santo: no lo pisará hombre inmundo, y éste será para vosotros un camino recto, de tal suerte, que ni aun los más lerdos se perderán en el.

»Examinad atentamente el libro del Señor y leed en él: nada de lo que os anuncio dejará de suceder, ni una sola de estas cosas faltará, pues lo que sale de mi boca Dios me lo ha dictado, y en espíritu mismo ha reunido todo esto».

Sin duda más de cuatro lectores escépticos, ó incrédulos en la aplicación que hacemos de estas profecías sagradas al Gran Monarca, se reirán y tal vez nos compadecerán. Harán mal: tengan la seguridad de que sabemos lo que decimos y de que no poco lo hemos pensado antes de escribirlo.